La fuerza desgarradora de La guagua aérea delata el rostro más íntimo de todos nosotros, el que nadie quiere ver en el espejo. Por su abigarrado armazón, por el controlado ejercicio descriptivo, por la obsesión de advertir las voces nuestras, donde tensión dolorosa de las imágenes, en este texto de Luis Rafael Sánchez asoma, magistralmente, uno de los poemas más hermosos y conmovedores de la literatura puertorriqueña contemporánea.

Armando Núñez Miranda
Diálogo, Puerto Rico
INTRODUCCIÓN

Primera edición: 1994
Segunda edición: 1994

© Luis Rafael Sánchez
Derechos reservados

Editor:
Francisco M. Vázquez

Diseño y Tipografía:
M&S Marketing Graphics

Obra portada: La puerta de los recuerdos,
acrílico sobre madera,
Manolo Díaz, 1993

Foto del autor: Miguel Villafañe
Tarjeta de embarque

De entre las muchas páginas que he destinado a los periódicos, a lo largo de los años, escojo unas doscientas para integrar el libro *La guagua aérea*. El libro lo centra el texto, del mismo nombre, que comenta el viaje de los puertorriqueños a Nueva York.

A propósito subrayo la palabra viaje. Quiero que implique más de lo que el diccionario autoriza traslado de un lugar a otro, generalmente distante, por algún medio de locomoción. Quiero que implique desafío y riesgo, desperdicio y diáspora, paroxístico amor a la tierra dejada atrás. Pues son esos los repetidos signos del viaje a los Estados Unidos de Norteamérica que, temprano en el siglo, emprende el puertorriqueño.

En cuanto se desglosan los sinsabores del viaje se patentiza la capacidad de sobrevivencia y la fibra de ese puertorriqueño que muele vidrio con el pecho al instalarse en la extraña nación a que alude Noel Estrada en su oda musical —el idioma diferente, la hostilidad contra el emigrante sin recursos, los inviernos infernales, el racismo enfermizo que pone en su sitio a cualquier persona del pelo malo o kinky y la tez de oscura a prieta.

Inicialmente, el viaje aspira enmendar el destino del puertorriqueño que ve apagada la posibilidad de una vida, entre llevadera y digna, en el suelo natal. Inicialmente, el puertorriqueño se marcha por largo tiempo, tanto que acaba por gemir —Mamá Boringuen me llama, Este país no es el mío. Después, con el paso de los años, con el advenimiento del transporte supersónico, el viaje se confirma como una metáfora estremecedora del ser y el existir puertorriqueños —el continuado ir y venir con que se pelea el arraigo en la extraña nación, Es-
tados Unidos de Norteamérica.

Pero, tanto a los viajes primeros como a los últimos, se ha lle-
vado el mismo equipaje, pesado como una cruz: rebatirle a la
pobreza, desautorizar el prejuicio, enarbolar la dignidad humana.

Sí, a consciencia, subrayo la palabra viaje.

El texto central, La guagua aérea, inspira el libro restante:
otro viaje, personal en grado sumo, por mis reiteraciones artís-
ticas, políticas, temáticas. Viage por las miradas que mi escritura
decidió transfundir en impresión, palabra, entendimiento del
mundo. Viaje por entre las gavetas de mi escritorio donde se
almacenan artículos publicados hace cinco, diez, quince años,
junto a otros inéditos, como Entre el lienzo y la caricia o escasa-
mente editados como Rumba de salón, que en este libro encuen-
tran acomodo.

He creído pertinente que ese otro viaje, el de las reiteracio-
nes autorales, lo organice una nomenclatura asociada con el
turismo mercantil-viajes sin escala, paradas de inspección téc-
nica, postales enviadas, etc. Pues, de alguna forma, en turista de
mis propias obras e invenciones vengo a parar.

Me complacería que este libro, La guagua aérea, formulara
un pasaje al lugar donde se tiene la lectura por gustosa, suficiente
compañía. Me complacería que el lector aportara a la lectura la
lucidez del viajero que sabe ver más lejos que el horizonte que le
señala el guía del recorrido.

Previo a embarcar invoco la capacidad de abrirlse al mundo
de los puertorriqueños que viajan hacia más allá del mar, el mar
que Ramón Pérez de Ayala bautizó como sendero innumerável.
A la cotidianidad de su gesta dedico, respetuosamente, este ar-
chipiélagos de voces más.

Luis Rafael Sánchez
Febrero del 1994.
La guagua aérea

A Carmen Puigdollers,
por su talento para la vida.

Tras el grito de espanto se descuelgan, uno a uno, los silencios. La azafata empieza a retroceder. Angelical e inocente como un personaje de Horacio Quiroga, gélida blonda como fuella Kim Novak en sus días de blonda gélida, la azafata atornentaría la libidine del enamorado King Kong. Quien la agasajaría con vértigo o mareo en el Empire State Building.

Los rostros ansiosos de los viajeros comparten las más desorbitadas premoniciones. Los rostros se vuelven al encuentro con la mano que porta el revólver, el cuchillo, la bomba de hechura casera. Porque el grito de espanto ha de ser la irresistible delación de otro secuestrador de aviones o de un desquiciado que amenaza. Un Padre Nuestro pincha y revienta los silencios descolgados. La azafata continúa el retroceso. La azafata se ha mirado en el espanto y el espanto ha marcado con la promesa del desmayo.

Pero, el secuestrador de aviones o el desquiciado amenazante no está a la vista. Contritos, mascullados, borbotean varios Padre Nuestro a niveles diversos de fe y oralidad. Rápido se hace la luz, sopetonzazo violador de la retina, sopetonzazo que alumbra los latidos cardíacos de los pasajeros. La guagua aérea se convierte en un mamut autopsiado por indiscretas fluorescencias.

El grito, las oraciones y la propagación del suspenso atraen al capitán o chofer de la guagua aérea y al ingeniero de abordo. El resto de la tripulación se alerta. Un berrinche de histeria prende y crece. La azafata está a media pulgada de la consumición por el horror. Pero, el secuestrador de aviones o el desquiciado amenazante no parece a la vista.
servidumbre de paso convierte los jueyes en sujeto de comentarios ágiles y vivaces novelerías; comentarios y novelerías que precipitan la intranquilidad que, ahora, reina. Y que la expresa el verbo agitado, los cuerpos que se agachan, los cuerpos que se incorporan, los cuerpos que se desmembran en los asientos carcelarios, los cuerpos que desarrrollan el barullo.

La intranquilidad azuza el discurso patriótico y el contrainterrogatorio anexionista, los chistes de color a escoger y su recepción ruidosa, las guíañas de los lanzados mujeriegos y los coquetoeos de las lanzadas hombreriegas. La intranquilidad azuala la confesión a que se entregan los pasajeros de la guagua aérea —pues la autobiografía seduce a los puertorriqueños tanto como el amíster repentista y sin cuidado. La intranquilidad engendra el recuento de las humillaciones sufridas por los puertorriqueños en el crosstown y el elevator, el fucking job y la universidad liberal, la junkería del judío. Esos, humillaciones ripostadas con elocuencia, pondoer natural y carácter. La intranquilidad, en fin, tiende una raya, invisible pero sensible, entre el bando de los gringos y el bando de los puertorriqueños. Precisa la raya, con discutible opinión, la mulata que nutre el bebé con los caldos de una caldosa y radiante teta —Mientras más rubias más pendéjas.

Asombrado por el desafío del Tercer Mundo a la ciencia electrónica del Príncipe, molesto porque el instrumental de seguridad no detectó la materia infasa, el capitán o chófer de la guagua aérea reclama la identificación del dueño o la dueña de la pareja de jueyes. El capitán o chófer de la guagua aérea reclama la identificación escudándose con unos parodiáveis gestos hitlerianos. Las reclamaciones insistentes y el vigoroso gesticular, además de las ofertas de potenciales albatros de jueyes, las ata el hombre cincuentón y fibroso, medio dormido y medio fastidiado, que avanza hasta las primeras filas de la guagua aérea y con llamativas habilidades manuales inmoviliza a la pareja fugitiva. A la vez la increpa, falsamente gruñón, disimuladamente complacido.

—Los pongo a sonar de gratis con una inyección de Valium por el ojo de la contentura y con la puercá que me pagan.
La euforia triunfa, se colectiviza. La risa descongestiona la razón denubarrones y los bronquios demucosidad. Alguien que revisaba los cadáveres despanzurrados que ilustran la actualidad puertorriqueña según el periódico El Vocero declaró —Me ahogué. Alguien que eligió el show del Galito de Manatí en el teatro Jefferson declaró— Me meé. Un avispado induce —Está la noche de a galón. Varios avispados responden— A ese galón me apunto yo. Otro avispado filosofa —Procede el sopón de gallina.

La guagua aérea efervesce. La guagua aérea oscila entre el tumulto y el peso de la quimera, entre el compromiso con el salir adelante y la cruz secular del Ay bendito. Una mujer muy dispuesta a devanear, bajo turbante floreado el secreto bien guardado de los rollos, informa que brinca mensualmente el charco y olvida el lado del charco en que vive. Una adolescente, desesperada porque a René le cambió la voz y hubo que darlo de baja de Menudo, oye con desinterés al adolescente desesperado porque va hacia Newark pero no sabe a qué rayos va. Una señora, de naturaleza gregaria y despachada, muestra la colcha tejida que cubrirá la cama King Size de su comadre Doña Luz que vive al lado de la Market. Bajo la colcha tejida un cuarteto atonal de caballeros bala la balada En mi viejo San Juan. Un caballero, de pose inmunda y mesurada, le pregunta a la mulata de la teta callosa y radiante si no se conocieron antes— Tal vez en las fiestas que, en honor de la Virgen de Monserrate, se celebran en la ciudad de Hormigueros. La mulata de la teta callosa y radiante replica que nunca ha estado en la ciudad de Hormigueros. El mismo caballero, de pose inmunda y mesurada, le pregunta a la muchacha, aprisionada en un manmeulo color calabaza, si no se conocieron antes— Tal vez en las fiestas que, en honor de los Santos Ángeles Custodios, se celebran en la ciudad de Yabucoa. La muchacha, aprisionada en un manmeulo color calabaza, replica que nunca ha estado en la ciudad de Yabucoa. Y para aclarar cuentas le informa al caballero, de pose inmunda y mesurada, que ella pulula por la discoteca Bachelor y por la discoteca Bocaccio y por la discoteca Souvenirs. Y para disuadirlo de cualquier movida donjuanista le explica que lo de ella es el Gay Power. En la cocina
de la guagua aérea un orfeón chillón majadería a las azafatas y los sobrecargos con el estríbilo — Si no me dan de beber lloro. Desentendiéndose de la algarabía un hombre narra el encarcelamiento de su hijo por negarse a declarar ante el Gran Jurado Federal. Y argumenta, serena la voz, que ser nacionalista en la islaacarru un secreto prestigio pero que se nacionalista en Nueva York acarrea una pública hostilidad.

Una resonante escolta de interjecciones encadena las anécdotas dramáticas y risibles, desgarradas y livianas, que formulan la resistencia a las afrontas, a los prejuicios a cara pelá, a los prejuicios disfrasados; anécdotas infinitas en las que los puertorriqueños ocupan el centro absoluto de la picardía, de la lizete, del atrevimiento, de la malicia, del ingenio.

Anécdotas deleitosas por el inteligente montaje narrativo. Anécdotas de asuntos que enternecen. Anécdotas asimiladas con un palabrón usado al punto. Anécdotas telurizadas por el estilo arroz y habichuelas. Anécdotas protagonizadas por un jíbaro que no habla dócil. Anécdotas de puertorriqueños a quienes visitaron un día, juntamente, el desempleo, la hambre y las ganas de comer. Anécdotas desgarradas de puertorriqueños, colonizados hasta el melo, que se disculpan por el error de ser puertorriqueños. Anécdotas felices de puertorriqueños que se enfogan y maldicen si se duda que son puertorriqueños. Anécdotas que chipean, como centellas, en el idioma español puertorriqueño. Idioma vasto y vasto, vivificantemente corrupto. Como el idioma español argentino. Como el idioma español mexicano. Como el idioma español venezolano. Como el idioma español español. Anécdotas, por millar, de buenas y buenas que viajan, a diario, entre el eliseo desacreditado que ha pasado a ser Nueva York y el edén inhábil que se ha vuelto Puerto Rico.

Tanto monta el anecdotario que un siquio predeciría, como un Walter Mercado sin templo universal ni capas de lentejuelas, como un Walter Mercado de segunda mano, que la guagua aérea no requiere gasolina esta noche pues las vibraciones positivas proveen el combustible. Y los ángeles de vuelo bajo y tendencia fisoneran sacrificiarían el oropel sagrado de sus alas por saber de
qué carajo bembetes el gentío mestizo que vuelca, campechano y divertido, por sus lados.

Sólo la tripulación, uniformemente gringa esta noche, parece inmune a la risa. Inmune y decidida a combatirla como a plaga. ¿La medicina? El reparto expedito de sándwiches de pavo desabrido, saquitos de maní, coca cola por un tubo y sietellas, juegos de barajas y las súbitas mediasiones del capitán o chofe de la guagua aérea. Que intenta pacificar la bayoya puertoquirqueña con unas bayuyitas gringas que ni arrancan ni desarrollan ni consiguen velocidad.

—Ladies and gentlemen, this is the Captain speaking. Now that the dangerous kidnappers are back in their bags, now that is really sure that we are not going to be taken to an unexpected meeting with that poco simpático Señor Fidel Castro, I invite all of you to look thru the windows and catch a splash of the Milky Way. In a few minutes we will be showing, without charge tonight, a funny movie starring that funny man, Richard Pryor.

La vecina de asiento me pregunta ¿Qué dijo ese hombre? No llego a contestar porque el vecino de la fila contigua, el que alardea de ganarse los billetes en Manhattan y gozarlos en Puerto Rico, el que aclara Yo soy amigo de todos pero compañero de nadie, el que especifica Compañeros son los cojones que siempre acompañan a uno, me toma la delantera con una leitanía sarcástica.

—El Capitán quiere matarnos la nota. El Capitán quiere matarnos la nota poniéndonos a ver una película del moreno que se achicharró por andar arrebato. El Capitán quiere matarnos la nota para que soltemos los topos. El Capitán quiere quitarlos los topos para acabar el vacilón que le montamos los puertoquirqueños a treinta y un mil pies sobre el nivel del mar.

¿Ruedan los topos sobre el tapete mayestático de la imaginación cuando el vecino de la fila contigua susurra, en dialecto orgástico, las suposiciones más perdurarias del Capitán y la azafata rubia? Ruedan y de qué manera. Por perdurarias y por infames, por escabrosas en grado sumo, si las alcanzaría la cámara guarefían por poseerlas el Penthouse y el Playboy. Gracias a Dios la vecina de asiento no las oye pues, como buena puertoquirqueña, mantiene dos conversaciones simultáneas; una sobre la huelga de los locos con la señora de la fila delantera—Dícen que amenazan con sanar y otra sobre la ruindad del Presidente Ronald Reagan con la vecina de la fila trasera—Dícen que ese verdugo está acabando con El Salvador.

La cordialidad fertiliza, ahora, la guagua aérea. La cordialidad se refleja en el halo entusiasta a las flores de papel traídas de regalo a una tía que se mudó a un proyecto de New Jersey, en el repartir ruidoso y el ruidoso compartir que une a quienes padecen juntos y aman lo mismo—una caja de pastelillos de guayaba hechos en La bonomera, un saco de polvorones, una docena de pionones, una sarta de pirulíes, unas rueditas de salchichón, una pipita de ron caña curado con pasas de Corinto de la que los varones beben sin remilgos.

Quede claro que la cordialidad dicharachera y ruidosa, confianzuda y que efervesce, se consagra en la cabina económica. Apenas, por tanto, se entera del rechazo que consigue entre los puertoquirqueños guarecidos en la First-class. Quienes racionalizan, entre sorbo y sorbo de champaña californiana, para consumo del vecino y aniquil de asiento—They are my people but. Quienes resuelvan, frente a alguna azafata de nariz razonable—Wish they learn soon how to behave. Quienes pronuncian un statement cuasi testamentario entre la lectura superficial de algunas revista ideam—They will never make it because they are trash.

La cordialidad se espuma, se chorrea por los cachetes de los pasajeros con las voluptuosidades del mavi a punto de helarse, cuando el cincuentón fibroso declama unas sinceras posdatas exculpatorias.

—Si no puedo vivir en Puerto Rico, porque allí no hay vida buena para mí, me lo traigo conmigo poco a poco. En este viaje traigo cuatros juegos de Vaca Talega. En el anterior un gallo castado. En el próximo traeré cuarto disco grabó el artista Cortijo.

La enumeración lo colma, saborea el recuerdo de otros traslados, de otros remedios para el mal de la distancia, de otros rescates de pertenencias entrañables. Que, cuando los ve el co-
razón miopey el juicio deformado, parecen chapucería costumbrista, mediocre color local, folkore liviano. Hasta síndrome del leololai.

Pero que, cuando se los trata con justicia, avienen a pulcras expresiones de un temperamento que, día a día, establece la diferencia y asegura la permanencia.

Temperamento cimentado en las miliencias del cariño. Que se va un puertorriqueño a Nueva York y lo despiden cuatro. Que regresan dos puertorriqueños de Nueva York y lo reciben ocho. Temperamento que persigue la forma en los caudales del humor. Que el puertorriqueño ama la risa sobre todas las cosas. Y cuando quiere reir, es sorprendedoramente. Temperamento que encuentra el estilo en la lágrima. Que el puertorriqueño ama el llanto sobre todas las cosas. Y cuando quiere llorar llora, cínicamente.

Risa y llanto, por cierto, indiscernibles esta noche en la guagua aérea.

Porque reputándose desenfrenada, de hablar por los oídos incluidos, el cincuentón fibroso duplica los paliques, triplica los parrafitos, multiplica los apartes. En unos se cultiva la risa. En otros se cultiva la lágrima.

Paliq con un tal Cayo Díaz de Cayey que viene a abrazar los dos nietos que no ve desde septiembre. Aparte con una tal Soledad Romero que se dispura hacia Puerto Rico cuando se le enmoeñecen los cables del alma. Parrafito con un tal Isidoro Juncos que brincó el charco a vender unas tierras porque el hijo se le metió en troboly no quiere que la cárcel se lo dañe. Palique con una tal Laura Serrano que no puede faltar al destino figurado en Nueva Yorkaunque el invierno la grave. Aparte con una tal Gloria Fragozo que viene a Nueva Yorka impedir que se muera Vitín, el hijo moribundo. Parrafito con un tal Yacoco Calderón quien se muda al Barrio, una vez al año, pa jartarse de ganar chavos. Parrafito con un tal Diógenes Ballester que repite —En Nueva York estoy prestao. Palique con un tal Roberto Márquez quien saluda con un fogoso — Puertorriqueño y palante.

A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorri-
—Chico, en la isla sólo funciona el beber y el vaciar.
—Chico, en Puerto Rico todo es una complicación.
—Chico, Puerto Rico se dispersa en la apoteosis verbal.
—Chico, ya yo eché mi suerte acá.
—Chico, que me entierran dondequiera pero allá.
Puertorriqueños del corazón estrujado por las interrogaciones que suscitan los adverbios allá y acá. Puertorriqueños que, de tanto ir y venir, informalizan el viaje en la guagua aérea y lo reducen a una trillita sencilla sobre el móvil océano. Que lo que importa es llegar, pronto, a Nueva York. Que lo que importa es regresar, pronto, a Puerto Rico. Que lo que importa es volver, pronto, a Nueva York. Que lo que importa es regresar, pronto, a Puerto Rico. Llegadas y regresos que concebía el aplauso emotivo prosiguiendo al aterrizaje de la guagua aérea en la tierra prometida.

Mas, ¿cual es la tierra prometida? ¿Aquella del ardiente sueño? ¿Esta de la fria estación?
La vecina de asiento me pregunta —¿Qué dijo ese hombre? Esta vez sí logro contestarle que el capital nos manda abrochar los cinturones de seguridad porque vamos a aterrizar. Entonces, taladrándome con la mirada, viéndome por primera vez, pregunta —¿De dónde es usted? Le contesto —De Puerto Rico. Ella comenta, sospechosamente espiritista —Eso se le ve en la cara. Mi risa la insatisface por lo que vuelve a preguntar —Pero, ¿de qué pueblo? Le respondo —De Humacao. La complacencia pues comenta con un aquel de remembranza —Yo estuve en Humacao una vez.

Ahora el abismo prieto lo malgranan las claridades a lo lejos. Ahora la noche la corrompe una que otra lucecilla de balandra. Ahora los oídos se atapan. Ahora un bebé ejercita los pulmones con ganas verdaderas. Ahora mi vecina de asiento me mira con la fuerza que obliga a reciprocar la mirada.
La vecina de asiento me mira como si regañara mi repliegue súbito en el abismo, la noche, los pulmones del bebé. La vecina de asiento me recrimina, con lágrima, el olvidar que en la guagua aérea se impone el diálogo corrido y sin tapujos. La vecina de asiento me mira para cobrar la pregunta que le debo. Como no soy hombre de deudas le pago a continuación —¿De dónde es usted? Unos ojos rientes y una fuga de bonitos sonrojos le administran el rostro cuando me contesta —De Puerto Rico. Lo que me obliga a decirle, razonablemente espiritista —Eso se ve hasta en un ciego. Como me insatisface la malicia inocente que le abunda el mirar, mirar de tal pureza que le hace cosquillas a mis ojos. Añado, copiándole el patrón interrogador —Pero, ¿de qué pueblo de Puerto Rico? Con una naturalidad que asusta, equivalente la sonrisa a la más triunfal de las marchas, la vecina de asiento me contesta —De Nueva York.

Yo también sonrió aunque despacio. La sonrisa, poco apoco, se me hace más en las telarañas del alma. A los domingos donde ese encanto la memoria, a la convocatoria de la sonrisa y la risa, se presentan mis tiés enterradas en no sé cuál cementerio del Bronx y la azafata rubia con trasunto de Kim Novak, los primos de Filadelfia que reclamo como primos aunque no los conozco y el ruídoos compartir que une a quienes padecen juntos y aman lo mismo, el viaje a punto de terminar y los otros viajes que retejeron el destino de unos tres millones de hijos de Mamá Borinquen.

Yo también sonríe, de muela a muela, porque la vecina me ha contestado —De Nueva York. Parece, claro está, un manojo de lugar común o un traspie geográfico. Parece, sin lugar a dudas, una broma. Parece una hábil apropiación. Parece la dulce venganza del invadido que invadió al invasor.

Lugar común, traspie geográfico, broma, hábil apropiación, dulce venganza: la respuesta de mi vecina de asiento supone eso y mucho más.

Es la historia que no se aprovecha en los libros de Historia. Es el envés de la retórica que se le escapa a la política. Es el dato que ignora la estadística. Es el decir que confirma la utilidad de la poesía. Es la recompensa a la zozobra de los miles de compatriotas que vieron la isla desaparecer, para siempre, desde la borda del vapor Coamo y la borda del vapor Marine Tiger. Es la reivindicación de los miles de compatriotas que subieron, alelados y pioneros, a las catorce horas de afectivo encierro en las anti-
El cuarteto nuyorikés

A Sylvia y Carlos Fuentes, por la gala de su amistad.

La fotografía, además de iluminar la portada del periódico que leo, alivia los estragos de este invierno que paso en Nueva York como tantos otros puertorriqueños. ¿Cuántos? No hay manera de saberlo. Viajamos acá sin la obligación de radicar documento alguno, legalizados por la ciudadanía norteamericana que inhabilita la puertorriqueña desde el 1917. Regresamos a Puerto Rico a la menor provocación, poseídos por la certeza que estatuye el poeta —Nada se altera en el rincón querido. Con tanta asiduidad vamos y volvemos, tantas veces paseamos la esperanza por los estados de la Unión, que la mudanza se ha vuelto destino; un destino hecho signo en la persona del Puertorriqueño Errante. No, no hay manera de saber cuántos estamos por Nueva York, temporáneos o domiciliados. Aunque la estadística juega a un número —los alrededores del millón.

Nueva York sería la otra capital de Puerto Rico si no lo fuera de toda Hispanoamérica. En Nueva York se cimenta la capital ensayada por Bolívar, la que aloja todas las nacionalidades de la América en español. Y la calle Catorce de Manhattan opera como el emporio donde éstas convergen o se citan.

Una cita tramitándose entre negocios, mal remunerados los más, plantados en el territorio apache de la acera los más: fruterías de atención mexicana, venta de suéteres de alpaca por ecuatorianos con azabache trenza, bisutería de ámbar sintético mercadeada por unas dominicanas con look de María Montez, colombianos mentalistas que descargan los telones del porvenir, la grande flecha de cartón que dirige hacia un sótano en cuya ventana se avisa —Aprenda a bailar tango con un argentino autén-